

LEWIS, C.S.: *Los cuatro amores*, trad. de P. A. Urbina, Rialp, Madrid 1991, 155 págs.

La obra de Lewis *Los cuatro amores* trata de esclarecer rigurosa y certeramente un concepto tan borroso y difuminado como es el del amor. Su libro demuestra una singular agudeza en la descripción de la vida humana, al realizar una perspicaz fenomenología de los diversos fenómenos y dinamismos amorosos mediante un hábil recurso a arquetipos literarios y un diestro uso de las metáforas más expresivas. Lewis es sin duda un hombre experto en humanidad. Y parte de la belleza de esta obra consiste, además de en la calidad de su factura, en su claridad y lucidez. Ya en el capítulo introductorio, el autor dibuja las dos coordenadas que orientan toda su investigación. En primer lugar, bosqueja la distinción entre dos formas fundamentales del amor, el amor-dáviva y el amor-necesidad, rehabilitando al último frente a las fáciles desacreditaciones al uso. No puede negarse, afirma rotundamente, el nombre de "amor" al amor-necesidad. El amor-necesidad, que se distingue de una autodonación benevolente, y que refleja exactamente la situación real de la naturaleza humana caracterizada por la necesidad, no es *solamente* egoísmo. Necesitar a los demás, no es necesariamente muestra de egoísmo, mientras que "no sentirlo es, en general, la marca del frío egoísmo" (p. 13). A la hora de establecer el papel del amor-necesidad en la vida humana, Lewis distingue entre la cercanía a Dios por semejanza y por proximidad. Sin duda, el amor que es Dios es un amor-dáviva y, en consecuencia, el amor-dáviva humano es más *semejante* al divino que el amor necesidad. Pero esto no significa que sea más *próximo*. La semejanza con Dios que el amor-dáviva tiene de suyo no asegura una proximidad real. "El amor del hombre a Dios, por su misma naturaleza, tiene que ser siempre, o casi siempre, amor-necesidad" (p. 13). El segundo eje de coordenadas queda establecido por la observación de Rougemont de que "el amor deja de ser un demonio solamente cuando deja de ser un dios" o, como lo formula Lewis, "el amor empieza a ser un demonio desde el momento en que comienza a ser un dios". Frente a la idea tan extendida de que el amor lo justifica todo, el autor advierte lúcidamente que todo amor natural absolutizado se desvirtúa y comienza a degenerar en su contrario. "Todo amor humano, en su punto culminante, tiene tendencia a exigir para sí la autoridad divina" (p. 17). Ahora bien, el riesgo de degenerar en su contrario es más fuerte precisamente cuando los amores naturales "están en su mejor momento, y no cuando están en el peor, es decir, cuando son lo que nuestros abuelos llamaban amores 'puros' y 'nobles'" (p. 17).

El amor-dáviva es, por tanto, mucho más vulnerable a la idolatría que el amor-necesidad.

El capítulo segundo se dedica al análisis del amor o el gusto por los seres no humanos. Aunque en ocasiones se habla de gusto por las cosas y de amor por las personas, Lewis considera que hay una cierta relación entre ambos y, puesto que ha de empezarse por lo inferior, aborda el estudio de los gustos. El capítulo tercero trata de esclarecer el más sencillo y extendido de los amores, el *afecto*, cuyo analogado principal es para Lewis el afecto de los padres por la prole, o viceversa. Lewis plantea el cuarto capítulo (pp. 69-102) como una rehabilitación del amor de amistad que parece haber perdido vigencia en nuestra sociedad. La amistad nace del compañerismo pero es algo más que éste. Es para Lewis un auténtico y específico amor, que se presenta como el menos biológico y natural y, en consecuencia, el más libre de todos los amores.

El capítulo V (pp. 103-28) analiza el fenómeno afectivo del enamoramiento, el eros, que el autor distingue del deseo venéreo, aunque habitualmente el primero integre al segundo. La diferencia entre ambos no queda establecida desde el punto de vista moral, como en muchas ocasiones se hace, sino desde la perspectiva psicológica o fenomenológica: son vivencias distintas. Tras criticar la excesiva seriedad y la exagerada solemnización del sexo en nuestra sociedad y después de reivindicar su aspecto cómico y bufonesco -el papel de la risa en la sexualidad- que impide su absolutización, Lewis analiza lúcidamente la articulación entre el fenómeno afectivo del enamoramiento y la voluntad. La grandeza del eros esconde sus peligros: "su hablar como un dios, su compromiso total, su desprecio imprudente de de la felicidad, su trascendencia ante la estimación de sí mismo suenan a mensaje de eternidad" (p. 119). Precisamente porque es extraordinariamente cercano a Dios por semejanza (que no implica aproximación) el eros tiende de suyo a ser idolatrado. No se trata sólo de que su ley se erija como ley absoluta, que el estar enamorado se convierta en una especie de religión, o de hecho sagrado absoluto; tampoco el problema consiste fundamentalmente en que los enamorados se idolatren mutuamente. El peligro real es para Lewis, coincidiendo de plano con Rougemont, que se idolatrace el propio eros, porque si el enamoramiento afectivo se idolatriza, se pervierte a sí mismo.

El enamoramiento aparece a los amantes como algo absoluto y definitivo que promete una fidelidad perpetua. "Y en cierto sentido, el eros tiene razón al hacer estas promesas. El hecho de enamorarse así es de tal naturaleza que hacemos bien al rechazar como intolerable la idea de que pudiera ser transitorio" (p. 126). Y sin embargo la

experiencia universal de la vida demuestra que el eros -como sentimiento- es muy transitorio y versátil. De suyo, "el eros es llevado a prometer lo que no puede cumplir" (p. 126). Por eso, no puede absolutizarse, porque el sentimiento amoroso remite de suyo a una tarea de la voluntad, de suerte que o bien el eros es asumido desde una voluntad libre, dando paso a algo exterior y más fuerte que él, o bien decae de su propia naturaleza. El eros, "como padrino hace los votos; somos nosotros quienes debemos cumplirlos. Nosotros somos los que debemos esforzarnos por hacer que nuestra vida cotidiana concuerde más plenamente con lo que manifestó aquel destello. Debemos realizar los trabajos de eros, cuando eros ya no está presente" (p. 127). A fin de cuentas, eros no deja de ser un sentimiento programático cuya realización efectiva sólo es posible a golpe de voluntad.

En el último capítulo (pp. 129-55) se emprende el estudio de la caridad. Lewis comienza enfatizando el papel que la voluntad ha de ejercer en la maduración de la afectividad. Comparada con la riqueza afectiva, la voluntad resulta seca y fría pero su labor, en muchas ocasiones de desbrozamiento y de poda, es necesaria para el feliz desarrollo de la afectividad.

La obra comentada es, en definitiva, una de las mejores entre las disponibles en castellano sobre el tema. Coincide en muchos puntos con Ortega, desarrolla las mejores intuiciones de Rougemont y es la fuente de muchas de las reflexiones posteriores de Pieper. Por ello, además de su brevedad y su claridad, ha de agradecerse a Pedro Antonio Urbina el pulcro trabajo realizado.

Jorge Vicente Arregui

LLUCH-BAIXAULI, Miguel: *La teología de Boecio. En la transición del mundo clásico al mundo medieval*, Eunsa ("Colección Teológica", 69), Pamplona, 1990, 349 págs.

Esta monografía, que ha llamado ya la atención de la crítica especializada, ofrece una extensa y detallada síntesis de la teología boeciana, estructurada en cinco amplios capítulos. El primero, sobre la vida y obra de Manlio Severino Boecio; el segundo, sobre la posibilidad de conocer a Dios; los capítulos tercero y cuarto, sobre la esencia de Dios, Uno y Trino; el cuarto, sobre la obra de la creación; y el quinto, sobre la obra de la salvación.

Su principal novedad y su valor más destacado estriban, precisamente, en que, hasta ahora, no existían estudios sistemáticos de toda